Prólogo

El hombre es el sujeto de estudio a través de su historia. Con el paso de los tiempos, la necesidad de describir los hechos transcurridos ha sido una realidad, pero el modo de interpretarlos ha ido variando, según el contexto cultural, religioso o político demandaba una herramienta cultural formativa de la sociedad. Desde la Antigüedad hasta hoy, la necesidad de predecir el futuro, conociendo las «leyes» del pasado ha sido un hábito recurrente del hombre en la tierra. El cristianismo ha roto el tiempo circular y ha orientado la historia de forma lineal, dándole un sentido y una visión de progreso. Esta era la razón, mediante la cual Marc Bloch se refería al cristianismo como «la religión de los historiadores», al permitirle a la humanidad acercarse al pasado a través de la fe. El gran santo Tomás de Aquino remarcó también la historia lineal al plantear a Dios no sólo como un ordenador del mundo, sino como el Dios Creador, que marca la existencia de la humanidad en un orden, establecido por Él, que es quien le da la razón última de su existencia.

En ese aspecto Juan Pablo II, originario de uno de aquellos pueblos sin romanizar, pero cristianizados en el primer milenio, subrayó el peso del cristianismo en la concepción de la historia, especialmente europea. El santo pontífice se expresó de esta forma: «Simplemente porque la evangelización estaba creando Europa, inició la civilización y la cultura de sus pueblos. La propagación de la fe en el continente ha propiciado la creación de las diversas naciones europeas, sembrando en ellas los gérmenes de culturas con rasgos diferentes, pero unidas entre sí por un patrimonio común de valores arraigados en el Evangelio».

Sin embargo, esta visión ha sido respondida desde el liberalismo, por ejemplo, por Maximilien Robespierre, el hombre perfecto, quien quiso reconstruir un nuevo presente, succionando del pasado de la muerta Roma su razón de ser, y hacer de Francia una Roma retornada al siglo XVIII. La posibilidad de que un gran hombre, como en el caso de Robespierre, pudiese «corregir» la derrota de la Historia, traerá en el futuro muchos intentos de «corregir» la Historia en beneficio de una ideología política. La Revolución francesa será el gran hecho histórico que marcará un antes y un después de la historia de la humanidad.

En nuestro presente vivimos un momento de imposición de un relato que esconda nuestra historia, la historia de España, que por sus propias circunstancias formativas se encuentra profundamente enraizada en el ser católico, y el negarlo imposibilita el entendimiento del pasado de España como comunidad nacional en la Historia. En este propósito la obra que tenemos entre manos, *1936. Guerra Civil, no: Cruzada. Historia comparada el pensamiento político de la Iglesia* del Padre Gabriel Calvo Zarraute, se convierte en un elemento historiográfico de suma importancia en esta labor de recuperación del entendimiento de nuestra historia. El autor lleva España y la Iglesia en su mente y en su corazón, y con el aval de su extensa preparación ampliamente demostrada en sus anteriores libros, puede llevar con autoridad un estudio profundo de cómo la fidelidad al cristianismo ha sido el hilo conductor de la historia de España.

La importancia de este tema viene porque en nuestra dolorosa historia contemporánea, la Guerra Civil se convierte en uno de los puntos más importantes y llamativos a nivel internacional. La ruptura social causó una gran pérdida de vidas humanas. Se calculan entre 150.000 y 200.000 víctimas por las represiones de uno u otro

bando, y similar cantidad en el frente de batalla. No obstante, en la zona republicana, las cifras llegaron a 85.940 víctimas, según la *Causa General*. La represión revolucionaria se cebó principalmente en las comunidades religiosas, calculándose en 6.832 clérigos asesinados. De los que 13 eran obispos, 4.184 sacerdotes diocesanos, incluidos seminaristas; 2.365 eran religiosos y 283 religiosas. A los que hay que sumar a aquellos seculares miembros de diversas asociaciones apostólicas que fueron perseguidos y exterminados, como los 2.125 miembros de la Adoración nocturna, o los 1.608 jóvenes pertenecientes a los scouts católicos. El resto fueron simpatizantes de partidos de derechas, suscriptores de periódicos de la misma orientación y profesionales del Ejército.

Una persecución de este tipo no se daba desde la Revolución francesa, que había hecho recordar las persecuciones de la época romana. A excepción del genocidio armenio y asirio durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918), no se había asistido a un exterminio masivo. La más reciente Guerra Cristera había causado la matanza de los célebres cristeros mejicanos, pero el clero asesinado no llegó al centenar. La intención era doblegar a la Iglesia, pero no desarraigarla, arrancarla de raíz, exterminando a sus miembros como sí que sucedió en España.

Cuando el Papa Pío XI recibió en septiembre de 1936 a un grupo de varios centenares de peregrinos españoles, les habló del martirio que sufría la Iglesia en España. El 12 de diciembre, el Papa recibió al cardenal Isidro Gomá en Roma, recibiendo de él el testimonio de lo que acontecía en España, y de cómo el bando nacional era el único donde la Iglesia podía encontrar refugio. El Papa pidió al cardenal que los prelados españoles supervivientes escribiesen una carta colectiva a sus hermanos del resto del mundo explicando la situación de la Iglesia en España. *La Carta Colectiva del episcopado español* fue publicada el 1 de julio de 1937. En ella, los obispos negaron que la Iglesia hubiese instigado la guerra, que esta fuese una lucha social, que la causa del conflicto tuviera algo que ver con que la Iglesia se hubiese aliado con los ricos, o que apoyase una opción política. Además, la carta constataba la persecución exterminadora que se estaba realizando contra la Iglesia.

Bajo este prisma, sin el cual no se entiende el «alma de España», el padre Gabriel es la persona, por su amplia formación, más adecuada para ofrecernos un ensayo altamente cualificado donde nos proyecta, primero, los fundamentos de filosofía de la Historia para que nos sirvan de elementos auxiliares necesarios de cara a entender su análisis historiográfico. En segundo lugar, nos narra la historia de España en aquel momento tan delicado y falseado actualmente por causas políticas, como fue la Segunda República, su proyecto de descristianización y la comprensión del levantamiento de la mitad de la sociedad española en defensa de la religión católica y de sus libertades básicas, de las que se la iba privando desde la toma del poder por el Frente Popular. La visión de aquellos graves acontecimientos fue respondida por los responsables de la Iglesia de una manera valiente y decidida, acompaña de la documentación que arropa tales decisiones. Del mismo modo, el autor nos realiza una breve historia de la toma del poder en Rusia por parte de los bolcheviques, de su actuación política, y los asesinatos contra las personas relevantes del régimen zarista, trabajo que va respaldado por la documentación pontificia acerca del discurso marxista y las doctrinas filosóficas que abonaron la instauración del primer Estado ateo comunista.

No obstante, su profundo trabajo de investigación no queda como una mera referencia al pasado reciente, si no que, amalgamando historia y filosofía, teología y

derecho, cobra fuerza haciendo de la Historia madre del presente. En un perfecto estudio comparativo pasa a analizar nuestro presente con la amenaza del nuevo totalitarismo *woke*, que se asemeja al marxista de antaño, describiendo el discurso filosófico-político que arroja aquella amenaza que, para su éxito, vuelve a necesitar la destrucción de la Iglesia por su responsabilidad en la defensa de la naturaleza humana y la formación de la sociedad a través de la familia natural. El Padre Gabriel Calvo Zarrate enseña que la Historia, que es madre de la humanidad y de nuestra patria, unida de forma apostólica a la expansión de la fe en el mundo, se ve tan atacada e invadida por los enemigos del cristianismo por la repercusión que España tiene en la Hispanidad.

José Luis Orella. Catedrático de Historia de España Contemporánea
Director de la Cátedra CEU de Historia Memoria e Identidad

I. FUNDAMENTOS PARA UNA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

1. Fundamento racional de la Tradición

La historia enseña reiteradamente que el curso de los acontecimientos, que parecía completamente previsible e imposible de torcer, puede ser desviado, como consecuencia de un personaje o de un suceso, en muy poco tiempo. Aunque la realidad nos abruma impetuosamente, no debe llevarnos a vivir descorazonados, creyendo que estamos condenados a un ineluctable futuro oscuro y desesperante. Escribe Zweig: «La historia pasa años fluyendo con normalidad a un ritmo casi monótono, pero en algunos instantes extraordinarios, de pronto, las orillas se juntan, brotan los rápidos, surge una corriente frenética, una tensión excitante, y de golpe la escena histórica se llena y rebosa con una horda de figuras en ingenioso contraste»¹. El movimiento aumenta a medida que se acerca el final (*motus in fine velocior*). El tiempo mismo parece comprimirse y, por tanto, moverse más rápidamente en tiempos de crisis, especialmente en tiempos de crisis final, al resignificarse el pasado y, por consiguiente, la historia que es la ciencia que lo estudia. Los hechos históricos tienen un sentido que es preciso descubrir porque la historia tiene un sentido, una finalidad que no es la unión gnóstica de los opuestos.

La filosofía, en cuanto búsqueda de la racionalidad, siempre fue una prerrogativa del cristianismo, de ahí que fueron el cristianismo y su idea de tradición los que hicieron posible la existencia de la ciencia. En las grandes civilizaciones antiguas, como Babilonia, Egipto, India y China, la ciencia experimental no encontró un ambiente propicio para su desarrollo². Los pocos intentos de avance en este campo fracasaron repetidamente debido a una concepción de la naturaleza: i) dominada por divinidades caprichosas; ii) interpretada desde una perspectiva panteísta. Al ser analizados estos aspectos desde una óptica histórica, se concluye que el surgimiento de la ciencia moderna sólo fue factible en la Cristiandad, es decir, donde se estableció la matriz cultural cristiana de Occidente. Esa matriz cultural incluía la fe en un Dios personal y creador, que ha creado libremente el mundo:

a) Porque la creación es libre, el mundo es contingente, y sólo lo podemos conocer si lo estudiamos con ayuda de la observación y la experimentación.

b) Porque Dios es infinitamente sabio, el mundo es racional y sigue una serie de leyes, ya que, como afirma repetidamente la Revelación cristiana, el mundo está lleno de orden.

¹ ZWEIG, Stefan, *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Acantilado, Barcelona 2012, p. 359.

² Cf. TATON, René (dir.), *Historia general de las ciencias*, Destino, Barcelona 1985, vol. I, p. 625.

c) Porque Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, el hombre participa de la inteligencia divina y es capaz de conocer el mundo.

De hecho, los grandes pioneros de la ciencia moderna compartían estas convicciones, las poseían porque eran cristianos y vivían dentro de esa matriz cultural cristiana, y en algunos casos ellos mismos afirmaron la importancia que esas ideas tenían para su trabajo científico. Esta interrelación entre la fe y la razón no sólo ha sido fundamental para el desarrollo de la ciencia, sino que también ha permitido una comprensión más profunda del mundo y del lugar del ser humano en él. El cristianismo es, precisamente en razón de la unión hipostática de Nuestro Señor Jesucristo³, la asunción de lo temporal en lo eterno, de la mutabilidad humana en la inmutabilidad de Dios.

Tradicionalmente, la ciencia considerada como fundamento del saber posee estas tres características: i) claridad; ii) exactitud; iii) seguridad metódica. La ciencia precisa de la definición y, desde Sócrates, la definición es una sólida roca que sirve de asidero en medio del proceloso mar de las doctrinas relativistas de los sofistas, por lo que habremos de empezar con la exacta definición de Tradición que aporta el ilustre jurista Álvaro d'Ors: «La Tradición, en el sentido ordinario de transmisión de un determinado orden moral, político, cultural, etc., constituido por un largo proceso temporal congruente, de generación en generación y dentro siempre de una comunidad más o menos amplia, incluso en una familia, es una aceptación del concepto expresado por la palabra latina *traditio*, que pertenece al léxico técnico del derecho, y puede traducirse por “entrega”»⁴.

Todo orden político es una emanación de un patrón cultural previo, entre el que se encuentra muy señaladamente una tradición religiosa que dicta una determinada forma de entender el mundo y el hombre, el bien y el mal. Continuada de la Revolución política de 1789, la sórdida enfermedad intelectual y moral denominada «revolución cultural de 1968», se caracterizó por una intensa militancia —devorada por un *odium theologicum*—, contra la Tradición en toda su amplitud. Una filosofía revolucionaria procaz que ha afectado severamente a la misma Iglesia desde el tan anómalo como sobredimensionado Concilio Vaticano II —con su prolongación discipular en doble línea conservadora y progresista—, sufriendo una confusión doctrinal potencialmente ilimitada. Lo que es también la causa del absentismo institucional a la hora de ejercer rectamente la autoridad jerárquica, sumida en una espiral de irresponsabilidad fruto de una parálisis autodestructiva. Con la consecuencia de una Iglesia dividida como pocas veces antes a causa de: i) el confusionismo doctrinal, litúrgico y moral; ii) la arbitrariedad disciplinar y el despotismo a la hora de gobernar; iii) la decadente mediocridad de la oligarquía clerical cada vez más inocultable.

En medio de la avalancha frenética de los medios de comunicación con relación al actual ciclo político y eclesial en curso, hemos de apelar a resistir enérgicamente la tentación de dejarnos arrastrar por el cínico espectáculo de unos siniestros comediantes. El examen crítico de los agudos problemas presentes ha de ir precedido de una exposición positiva y constructiva de la tradición filosófico-política católica. El presente libro constituye principalmente un estudio con un enfoque histórico-crítico acerca de la documentación emanada de la Iglesia durante la década de los años 30 del pasado siglo, pero que no se detiene en considerarla una pieza museística vergonzante. De ahí que no se trate de una estéril polémica circunstancial contraponer el pensar y el obrar de aquella

³ Dz, n. 541.

⁴ D'ORS, Álvaro, «Cambio y Tradición», en *Verbo*, Madrid 1985, nn. 231-232, 113.

Iglesia con la expresión y ejecutoria tan distinta y diferente de la actual. En medio de una y otra se halla como una línea divisoria el Vaticano II que, del mismo modo que la Revolución francesa, fue obra de una minoría revolucionaria perfectamente coordinada que dirigió a la mayoría.

Tras el último concilio ecuménico, buena parte de los principales postulados liberales se impusieron de igual manera a lo acontecido en Francia con la llegada al poder de Napoleón Bonaparte como si fueran: «el último día de la Revolución»⁵. Esto es, por medio de la ulterior autoridad conservadora de los papas que, de manera voluntarista-nominalista, al mismo tiempo que pretendían mantener algunos de los antiguos elementos centrales, éstos eran mezclados con las nuevas ideas revolucionarias. Por lo que más bien se trataba de: «la Revolución puesta en leyes»⁶.

Pablo VI, Juan Pablo II y Benedicto XVI, **ciegamente obstinados en hacer de la revolución del Vaticano II un estado permanente de orden, conteniendo teóricamente de manera débil los efectos más extremadamente progresistas, aunque dejando en pie las causas**, afianzaban la revolución y se erigían en sus guardianes. En paralelo con la historia de España durante el siglo XIX, la implantación del liberalismo no se debió tanto la acción individual de los liberales-progresistas⁷, sino que habían sido los liberales-conservadores quienes afianzaron la revolución que, ya en el siglo XX abriría el paso al socialismo marxista con la revolución completa. Como el concilio buscaba la apertura al mundo moderno, los caracteres revolucionarios que vehiculan todo el Vaticano II son:

- a) El **prurito de novedades (*ideas*)**.
- b) **Desdén por todo lo tradicional (*instituciones*)**.
- c) **Espíritu de licencia o relajamiento moral (*costumbres*)**.

Una ideología que no era popular en el sentido de que los fieles no la demandaban. Y que, sin embargo, **rápidamente se expandió por todo el cuerpo eclesial impuesta por las jerarquías, empezando por Juan XXIII y Pablo VI. Veamos la correlación de los tres puntos anteriores.**

a) *Las ideas nuevas* penetraron entre un episcopado y un clero deficientemente ilustrados para enfrentar la revolución cultural que se avecinaba. Aquellos pastores de almas vivían y predicaban con naturalidad y pacíficamente la misma fe de sus antepasados en medio de una sociedad en alto grado todavía católica en sus estructuras mentales y costumbres. No existían exigencias de cambios doctrinales.

b) La misma autoridad jerárquica se aplicó a destruir las *instituciones* que eran el resguardo y baluarte, tanto doctrinal como culturalmente, contra el mundo moderno. Ni los fieles ni la inmensa mayoría del alto y bajo clero querían otro rito de la Misa completamente diferente al que habían conocido desde niños junto a sus padres. Tampoco un cambio completo en el modelo de formación sacerdotal hasta entonces impartida.

c) La consecuencia final ha sido la corrupción de las *costumbres* siguiendo un proceso cuyo motor es el cambio (considerado bueno en sí mismo) y que se retroalimenta hasta

⁵ Cf. GUENIFFEY, Patrice, *Bonaparte 1769-1802*, Fondo de Cultura Económica, México 2018, p. 573. A la espera del segundo volumen, es la obra más completa sobre el general corso hasta la fecha.

⁶ *Ibid.*, p. 800.

⁷ Cf. POU, Vicente, *La España en la presente crisis. Examen razonado de la causa y de los hombres que pueden salvar aquella nación*, Tradere, Barcelona 2010, p. 44.

su consunción: i) el derribo de las *instituciones* de la Iglesia tradicional como sociedad perfecta-Cuerpo Místico de Cristo⁸; ii) permitió el rápido cambio de las *costumbres* de pastores y fieles; iii) la licencia de las costumbres hizo que las *ideas nuevas* del pueblo católico evolucionaran según la mentalidad moderna.

Las concesiones de la Iglesia al mundo moderno movieron a la pérdida de la dimensión religiosa del odio, en el sentido del odio hacia el mal⁹. El cambio de mentalidad entre los católicos tras el Vaticano II hacia los males modernos se bifurcó en dos vertientes: i) la radical progresista, que de forma completa subordinaba la fe a la Modernidad; ii) la conservadora o moderada, que intentaba mantener la fe y la Modernidad en pie de igualdad. Parecía que el partido moderado-centrista había triunfado y, para ello, se acuñó el término de «hermenéutica de la continuidad», un pintoresco sintagma que tuvo un éxito considerable dentro del mundo conservador, aunque no dejaba de ser el típico recurso a un término indefinido que aparentaba un agudo conocimiento, cuando en realidad carecía de respuestas ante la violación del principio de no contradicción. En cualquier caso, se dio paso a una especie de modernización moderada, limitada o controlada, una revolución liberal-conservadora más afín al modo norteamericano¹⁰ que al napoleónico¹¹, cerrando el periodo de rupturas traumáticas conocido como «posconcilio», e inaugurando una época de relativa estabilidad por la acentuación de una autoridad pontificia ilimitada, fundada, primero, en la personalidad carismática de Juan Pablo II y, después, en la autoridad intelectual de Benedicto XVI¹².

No habría de durar demasiado tiempo la gran simulación de que la religión católica y la Modernidad serían compatibles, reelaborando el contenido doctrinal tradicional para entibiarlo, por lo que la adaptación, asimilación y cooperación de la primera con la segunda no significarían su extinción. Por su función clarificadora, la elección de Francisco fue providencial, gracias a que el papa montonero ordenó detener todas las herramientas de la restauración conservadora de Juan Pablo II y Benedicto XVI, aplicándose incansablemente a dismantelar la obra de sus dos últimos predecesores. En el discurso conservador, supuestamente cambiaban las formas —lo secundario y accesorio, pero no el fondo, lo principal y necesario—. En términos de metafísica, los accidentes serían modificados, aunque no la substancia.

El papa Francisco es el producto acabado de la larga y sostenida decadencia de la Iglesia proyectada sobre todos los órdenes de la vida eclesial desde el Vaticano II. Afortunadamente, el embrutecimiento metódico del pontificado de Bergoglio iba a revelar la farsa incongruente que venía dándose desde 1965: un justo medio entre el conservadurismo tradicional y el radicalismo revolucionario, a modo de distanciamiento simétrico entre Tradición católica y Revolución moderna. La espantosa verdad del giro antropológico conciliar que la mascarada conservadora se empeñaba en ocultar desde el Vaticano II hasta Benedicto XVI es que la Iglesia había roto con su pasado tradicional pactando cordialmente con el mundo moderno de derivación protestante e ilustrada. Un

⁸ Cf. *S. Th.*, II-II, q. 83, aa. 5-6.

⁹ Cf. PIEPER, Josef, *Las virtudes fundamentales*, Rialp, Madrid 2007, p. 472.

¹⁰ Cf. MARCO, José María, *La nueva revolución conservadora. Por qué la derecha crece en Estados Unidos y por qué los europeos no lo entienden*, Ciudadela, Madrid 2007, p. 249.

¹¹ Cf. CASTELLOT, André, *Bonaparte*, Espasa, Madrid 1970, vol. I, p. 231.

¹² No obstante, a pesar de los intentos de algunos autores como Pablo Banco o José M^a Carabante, Joseph Ratzinger-Benedicto XVI carece de un sistema filosófico-teológico completo, bien ordenado y acabado. Como buen observador de la realidad, el pensamiento del teólogo y papa germano siguió desarrollándose a medida que iban surgiendo en su espíritu problemas nuevos y dificultades que debían tenerse en cuenta.

desarraigo cuya primera consecuencia fue el abandono de 100.000 sacerdotes y 70.000 monjas, misioneros, educadores y religiosos de ambos sexos, así como también la caída en picado de las vocaciones. Seminarios, conventos y monasterios repletos de seminaristas y novicias se vaciaron por completo en sólo seis años. Pero, desde la ruptura de la continuidad de Francisco con los pontificados de Juan Pablo II y Benedicto XVI, el pacto cordial con la Modernidad pasaba a ser un abierto seguidismo y sumisión a la posmodernidad; la capitulación total ante el proceso y la ideología de la secularización como negación de la doctrina de la realeza social de Nuestro Señor Jesucristo codificada en la encíclica *Quas Primas* de Pío XI. Lo que equivale al abandono de la dimensión política del derecho natural y su consiguiente trascendencia en el mundo cultural y político-jurídico, con singular relevancia en el católico.

Si hay una enseñanza que la Iglesia ha olvidado totalmente, incluso más que el castigo divino, es la relativa a la realeza social de Nuestro Señor Jesucristo: ya nadie se atreve a afirmarlo, pues parece un fósil que habla de un pasado muy remoto. *Quas primas* explica que la ciudad no se puede construir de manera diferente a como Dios la diseñó. La nueva Iglesia salida del Vaticano II se encuentra tan satisfecha de su inmersión en el secularismo moderno, que dejó de creer realmente que sea posible reconstruir la Ciudad según los planes de Dios. Dice León XIII: «En estos últimos tiempos, especialmente, se ha seguido una política que ha tenido como resultado levantar una especie de muro entre la Iglesia y la sociedad civil. En la constitución y administración de los estados se hace caso omiso de la autoridad de la ley sagrada y divina, con vistas a excluir a la religión de tener una parte constante en la vida pública. Esta política tiende casi a eliminar la fe cristiana de en medio de nosotros y, si eso fuera posible, al destierro de Dios mismo de la tierra»¹³. De ahí que Pío XI en *Quas primas* afirme que el laicismo es una «plaga», una enfermedad espiritual mortal, y la muerte del alma es su perdición eterna.

La esencia de la religión católica en su pureza sistemática ha sido suplantada por un sentimentalismo religioso sincretista, compatible con cualquier forma de irreligión popular. Con el acto de fe reducido a puro subjetivismo, los motivos de credibilidad aportados por la apologética tradicional son anulados, como la apologética misma.

Ante el mundo moderno, la Iglesia ya no tiene ninguna doctrina perenne que enseñar, como ningún pecado que condenar, sino sólo «dialogar y escuchar, acoger e integrar». La Iglesia moderna lo espera todo del mundo y de la democracia, disgustándole, ocultando y contradiciendo la teología política de la realeza social de Nuestro Señor Jesucristo. Ya no invoca los Mandamientos de la Ley de Dios¹⁴, sino los derechos humanos y los pilares de la democracia liberal: libertad, igualdad y fraternidad. Ya no tiene palabras para predicar la conversión y la penitencia porque ha perdido el gusto por la verdad; no habla a la razón porque prefiere dirigirse a los hombres desde el sentimiento. He aquí el «giro antropológico» del que hablaba Cornelio Fabro: poner al hombre en el lugar de Dios.

¹³ LEÓN XIII, *Annum sacrum*, 1899, n. 10.

¹⁴ Téngase presente la doctrina de santo Tomás: la Providencia es la acción divina en cuya virtud Dios dispone que los seres de este mundo actúen dentro de la ley general que preside el mundo o cosmos (Universo ordenado). No es lo mismo Providencia que Ley divina. La Ley expresa la ordenación general del cosmos. La Providencia es el acto que impera o manda el cumplimiento de la Ley, cf. SANTO TOMÁS, *Cuestiones disputadas sobre la verdad*, q. 5, a. 1; GARRIGOU-LAGRANGE, Reginald, *La Providencia y la confianza en Dios*, Palabra, Madrid 1980, p. 24.

En la cúspide de la Iglesia han sido instalados estultos funcionarios eclesiásticos para quienes Nuestro Señor Jesucristo es sólo una excusa para blanquear las temáticas que gustan al mundo. Funcionarios sí, porque carecen del sentido profundo del sacerdocio católico, que es ser «otro Cristo» en esencia, para pasar a ocuparse de la prestación de servicios burocráticos a una institución religiosa como si de una corporación político-estatal se tratara. Una corporación que también tiene una vertiente mafiosa, al amenazar con pueril ligereza y arrogancia a quienes discrepan, delatando rigurosamente la sustitución de la fe por la ideología y del conocimiento aristotélico¹⁵ por la estulticia. Funcionarios eclesiásticos, sí, porque Francisco los desprecia, tratando a los obispos como unos simples empleados y discapacitados intelectuales, una constante humillación funcional que reciben del papa jesuita al que miran bovinamente, dando la razón así a los ortodoxos y protestantes en su crítica al papado como una monarquía absolutista.

Cuando los cristianos no católicos observan con espanto cómo el papa depone a los obispos fieles a la ortodoxia doctrinal arbitrariamente y sin transparencia, es decir, prescindiendo de los principios fundamentales del derecho natural y del Derecho Canónico -lo que requiere: i) acusación; ii) motivación; iii) proceso; iv) derecho de defensa-, e imponiendo novedades en materia de doctrina y moral sin que ningún obispo se atreva a contradecirle por miedo a ser castigado; confirman sus prejuicios de que el «papismo» católico es la religión del papa y no la de la Revelación de Nuestro Señor Jesucristo. Para Bergoglio la idea de la investidura personal del papa es suficiente para una desempeñar *missio* canónica, el papa se encuentra en el centro de todo, mientras que lo que concierne al gobierno se puede confiar a cualquier monja o seglar. La ordenación sacerdotal sólo se referiría a cuestiones espirituales -consideradas muy secundarias-, pero la ordenación se sería crucial cuando se tratara de gobernar. El poder de gobierno (*munus regendi* o *potestas gubernandi*) se convierte en una mera función laboral, no en parte del sacramento que estructura la jerarquía de la Iglesia.

En el Derecho Canónico un precepto¹⁶ penal es un decreto singular o general que la autoridad ejecutiva competente emite para imponer el cumplimiento de mandatos y prohibiciones previamente establecidos, con la conminación de una pena canónica específica. La praxis actual de la Iglesia respecto de los *delicta graviora* -al igual que todas las normas creadas por la presión mediática-, no tiene en cuenta los derechos de los acusados y las garantías procesales básicas: i) el acceso al expediente procesal; ii) al contrainterrogatorio; iii) la posibilidad de defensa. Hoy en día, en la Iglesia moderna y amante del Estado de Derecho, se aplican a los sacerdotes sanciones como «medidas cautelares» incluso antes de que se celebre el juicio, por lo que se ha dejado de presuponer su inocencia hasta que se demuestre lo contrario, para pasar a ser culpables hasta que se demuestre lo contrario, y aún así, pues la llamada «pena de telediario», ya no puede ser reparada quedando su buen nombre manchado durante el resto de sus vidas, aunque finalmente fueran declarados absueltos de cualquier denuncia. Las disculpas son inútiles cuando se demuestra que las acusaciones eran falsas, el acusado ha sido considerado como un ser humano de segunda clase que, al ser discriminado ha dejado de ser titular de derechos.

¹⁵ Teniendo en cuenta la distinción aristotélica entre *techne* (habilidad, arte) y *episteme* (conocimiento), a pesar de las pretensiones actuales de que la *techne* se ha convertido en *episteme*. En la apoteosis del capitalismo actual, las multinacionales tienen más poder que los gobiernos en cuanto que poseen más información sobre la vida de las personas, cf. BAÑOS, Pedro, *El dominio mundial. Elementos del poder y claves geopolíticas*, Barcelona 2018, p. 109.

¹⁶ CIC, cann. 35 y 49

El Santo Oficio de 1549 era, de hecho, infinitamente más respetuoso con los derechos humanos básicos que la inversión jurídica presente. Sacerdotes, obispos y cardenales son eliminados -a pesar de ser ancianos- dañando su honor y exponiéndolos a la picota pública por causa de los juegos de poder y de venganzas personales de la progresía eclesiástica. Un colectivo dañino convertido en una peligrosa mafia, crecida como nunca antes gracias a la protección de Bergoglio, con el que el Derecho Canónico ha perdido completamente su credibilidad.

El Derecho Canónico existe en la Iglesia precisamente para la defensa de la justicia evitando las parcialidades peronistas de Bergoglio y sus afeminados amigotes, que intentan hacer pasar la propia ideología como voluntad de Dios en o que puede definirse, sin ningún temor a excederse, como un completo abuso de poder. Una aplicación del voluntarismo de Ockham teniendo como protagonista no a Dios, sino a Francisco. De manera que la voluntad del papa se convierte en la ley suprema por encima de cualquier ley, justicia, Tradición y dogma de la Iglesia, sin ninguna instancia que sirva de contrapeso y equilibrio en caso de conflicto, dejando todo al arbitrio del papa de turno. Sobre los funcionarios eclesiásticos, ya en el siglo IV escribía un Padre de la Iglesia:

Las doctrinas de la verdadera religión están derrocadas. Las leyes de la Iglesia están en confusión. La ambición de hombres que no temen a Dios se apresura a ocupar altos cargos en la Iglesia, y el cargo elevado ahora es conocido públicamente como el premio de la impiedad. El resultado es que cuanto más blasfema un hombre, más apto lo considera la gente para ser obispo. La dignidad clerical es cosa del pasado. Hay una completa falta de hombres que pastoreen el rebaño del Señor con conocimiento. Los eclesiásticos en autoridad tienen miedo de hablar, ya que aquellos que han alcanzado el poder por interés humano son esclavos de aquellos a quienes deben su avance. La fe es incierta; las almas están empapadas en la ignorancia porque los adulteradores de la palabra imitan la verdad. Las bocas de los verdaderos creyentes están mudas, mientras que cada lengua blasfema ondea libremente; las cosas sagradas son pisoteadas¹⁷.

Cabe preguntarse cuales fueron los traumas infantiles que tuvo que sufrir Francisco pero, en cualquier caso, en el despotismo bergogliano convergen dos corrientes: i) la degeneración del peronismo con el mayor grado de doblez, es decir, el socialista-montonero; ii) el jesuitismo, que trata a los obispos como meros superiores provinciales a los que se exige obediencia ciega. Para explicar con detalle este cambio tan hondo de una Iglesia invertida -vuelta al mundo y de espaldas a Dios-, este estudio aspira a no interpretar el último concilio ecuménico desde posturas sentimentales de elogio fideísta o de repulsa maniquea, por lo que han de ser analizadas las ideas previas e intenciones finales de quienes elaboraron los documentos: los textos en su contexto histórico. Lo contrario es idealismo historicista no realismo histórico.

La respuesta de la Iglesia al mundo moderno desde 1965 ha sido la de acomodarse a las tendencias dominantes, espoleada por el ansia constante de vivencias novedosas, adoptando las hechuras de un carnaval perpetuo. Si el pensamiento secular se opone a disciplinas y distinciones tradicionales, convirtiendo toda la realidad en una continua elección individualista dentro de un sistema universal de administración social globalista, la Iglesia debería hacer lo mismo asumiendo las principales preocupaciones de la implacable maquinaria de ingeniería social izquierdista con: i) la «inclusión» del homosexualismo; ii) el «acompañamiento»-justificación del inmigracionismo ilegal; iii)

¹⁷ SAN BASILIO MAGNO, *Epístola* 92.

el timo climático del calentamiento global antropogénico¹⁸. Por el contrario, todos estos enfoques ideológicos irracionales, y que, por ello, son diametralmente irreconciliables con la inalterable enseñanza católica, deben conducir al mantenimiento de la comprensión básicamente tradicional de la fe, de cara a ofrecer al mundo una alternativa y no un mero sucedáneo o marca blanca.

A medida que la perspectiva secularista se vuelve más oscura y caótica, por contraste, el catolicismo¹⁹ se vuelve más atractivo. Tiene una estructura de doctrina, autoridad y disciplina que ha motivado, sostenido y desarrollado una forma de vida y una comprensión del mundo que millones de personas han encontrado enormemente gratificante durante dos mil años. Elementos que han afectado de forma profundamente positiva las relaciones sociales y han proporcionado el marco para una vida intelectual, moral y artística²⁰ enriquecedora.

Por otro lado, las condiciones que alteran, debilitan y deterioran los vínculos tradicionales también afectan al catolicismo. El hombre contemporáneo está constantemente bombardeado por imágenes, fragmentos de sonidos y mensajes anticatólicos, mientras vive en una sociedad hiperorganizada que le convierte en una unidad inerte de producción y consumo. Para empeorar el estado de cosas, la vida intelectual, artística y política se ha vuelto en contra de la Iglesia con arrogancia y hostilidad, privándola de sus mejores defensas y ornamentos. Sin embargo, esa misma vida intelectual, artística y política dominante también se ha visto sustancialmente alterada y degradada. La condición de corrupción y sordidez de las instituciones seculares hace aún más imperativo que los católicos mantengan su independencia frente a la avalancha que los arrincona y criminaliza.

En un escenario en que la jerarquía liberal de la Iglesia ha conseguido que la práctica totalidad del tradicionalismo católico sea un territorio sometido, pero no pacificado, con una voluntad indómita de resistencia y hostil a la protestantización, aunque tampoco en permanente insurrección, la fórmula leninista «cuanto peor, mejor» es tentadora por su realismo, pero las opiniones difieren sobre cómo debería llevarse a cabo la resistencia a la cultura anticristiana circundante, sin que pueda lograrse la menor certeza definitiva. Puesto que una cosa es, a modo de principio unificador, quién daría la voz de guerra que se propagara de una punta a otra de la Iglesia, esto es, quién posee la suficiente autoridad moral para dar una orden de movilización general; otra, conformar y coordinar la internacionalización de un frente común contrarrevolucionario, dada la gran heterogeneidad y fuertes personalismos del mundo tradicional; y otra, la actitud prudencial concreta que tomar ante los vaivenes políticos y eclesiásticos. Todo lo cual se asemeja a los trabajos de Sísifo²¹. En cualquier caso, lo que aparece cada vez con mayor

¹⁸ Cuando, además, está más que demostrado histórica y científicamente de manera satisfactoria su carácter mitológico, SHELLENBERGER, Michael, *No hay apocalipsis. Por qué el alarmismo medioambiental nos perjudica a todos*, Deusto, Madrid 2021, p. 421. Libro de obligada referencia.

¹⁹ En todas mis obras e intervenciones utilizo habitualmente este término no en el sentido de una ideología. Por el contrario, lo hago en el mismo sentido que el cardenal Gomá: como la religión en sentido amplio, que abarca todos los numerosos ámbitos relacionados con ella directa o indirectamente, como un organismo vivo. Además de que hago plenamente mías todas y cada una de las salvedades a las que se refiere, Pío XII, *Discurso al X Congreso Internacional de Ciencia Históricas*, 7-IX-1955; AAS 47 (1955) 672-682.

²⁰ Cf. GARCÍA MAHÍQUES, Rafael, *Iconografía e iconología. Historia del arte como historia cultural*, Encuentro, Madrid 2008, vol. I, p. 34.

²¹ Cf. MARTIN, René, *Diccionario de mitología griega y romana*, Espasa, Madrid 1996, p. 402.

claridad es que cualquier apertura a la cultura de la decrepita de la Modernidad sólo conduce a la subordinación a ella de la ortodoxia y la ortopraxis de la Tradición.

La estructura eclesiástica se ha protestantizado, pasándose al enemigo con armas y bagajes. La supresión de la liturgia tradicional, el empeño por el acompañamiento amistoso de la izquierda ecologista y la inclusión de los invertidos sexuales carecen de sentido desde una visión de fe sobrenatural. Desde el mito fundacional del Vaticano II, la cínica oligarquía de la Iglesia —tan moderna, democrática, liberal y sinodal—, que obsesiva y compulsivamente sólo busca ser del futuro, no sabe cómo tratar la problemática en torno a la liturgia del pasado, habiendo probado —y fracasado— con las distintas soluciones: i) abrogándola *de facto* en un flagrante abuso de autoritarismo (Pablo VI); ii) tolerándola como un mal menor (Juan Pablo II); iii) reconociéndola y liberalizándola, pero con limitaciones (Benedicto XVI²²); iv) intentando erradicarla de manera tiránica y por medio del positivismo jurídico (Francisco).

En realidad, Ratzinger y Bergoglio —y esto es precisamente lo que los conservadores no quieren reconocer— no son facciones extremas, sino que constituyen dos momentos de un mismo proceso revolucionario que contempla fases alternadas sólo aparentemente opuestas entre sí, siguiendo la dialéctica hegeliana: tesis-antítesis-síntesis²³. Un proceso que no comenzó con Benedicto XVI ni terminará con Francisco, sino que se remonta a Roncalli y parece destinado a continuar mientras los funcionarios eclesiásticos sigan sustituyendo y usurpando su autoridad a la verdadera jerarquía católica. En la visión ratzingeriana, la tesis que es el *Vetus Ordo* y la antítesis que es el *Novus Ordo* se combinan en la síntesis del documento *Summorum Pontificum* (2007), gracias al subterfugio nominalista de «un único rito en dos formas». Pero esta «coexistencia pacífica» que es producto del idealismo alemán es falsa porque se basa en la negación de la incompatibilidad entre dos modos de concebir la Iglesia. Uno correspondiente a dos mil años de catolicismo construido desde la filosofía realista y la Tradición; el otro, construido desde la filosofía idealista y la aversión a la Tradición propia de la Modernidad. Este segundo modelo fue impuesto por el Vaticano II, gracias a la obra de herejes modernistas²⁴ que hasta entonces habían sido condenados por los romanos pontífices.

Esta difícil cuestión no puede tratarse con provecho sin haber estudiado antes su naturaleza ontológica y sus características. En realidad, el problema de la liturgia tradicional es que, como la liturgia está regida por la fe y expresa la fe (*lex orandi lex credendi*), la liturgia tradicional es espejo de la fe tradicional. Precisamente aquella que detestan los modernistas usurpadores del gobierno de la Iglesia. Tratando de imponer una nueva Iglesia que no tiene nada que ver con la de los dos mil años de tradición anteriores, persiguiendo y destruyendo ferozmente a todo aquel que no se alinea con ellos.

La exposición de las causas de los males que nos envuelven se resume en que Occidente ha perdido el sentido de la realidad, del ser, y con él ha desaparecido cualquier

²² El sabio papa alemán había observado cómo la antigua Misa romana seguía consolidándose y difundándose lentamente, especialmente entre jóvenes y fieles de mediana edad, por lo que quiso eliminar algunos obstáculos para el antiguo rito, cf. BENEDICTO XVI, *Summorum Pontificum*, 2007.

²³ Cf. FABRO, Cornelio, *La dialéctica de Hegel*, Esquemas Nuevos, Buenos Aires 1969, p. 44.

²⁴ Cf. TORRES LAGUNA, Domingo, *Suma de teología moral*, Tipografía Cuesta, Valladolid 1921, p. 116.

rastro de pensamiento crítico, volviéndose a un narcisismo nihilista y cínico²⁵. Los últimos vestigios de la estructura social y moral de origen religioso tradicional han desaparecido, alcanzándose el estado cero de religión. Al igual que los relatos mitológicos, las tesis principales de dicho estado cero de religión se difunden ampliamente, a causa de su forma simplificada, a millones de personas que carecen de la menor preparación intelectual, por lo que son aceptadas sin posibilidad de juicio crítico con suma trivialidad. La ausencia de creencias, normas y hábitos de carácter u origen religioso sume al hombre en la angustia de ser un simple animal libidinoso que no sabe lo que hacer en la tierra. La reacción más banal ante este vacío es la deificación del vacío: el nihilismo, que conduce al impulso de destruir las cosas, las personas y la realidad. Convertido el hombre en el centro de todo, las sociedades nihilistas tienden afirmarse satisfaciendo la libido o voluntad de placer.

Sin embargo, la libido en sentido freudiano es implacable, quema como el fuego e irrumpe como la lava, por más que se la satisfaga siempre está sedienta de más satisfacciones. La concepción ilimitada del deseo, incentivada por el mercado capitalista y los medios de manipulación de masas, termina llevando a comportamientos cada vez más desordenados, motivo del aumento continuo de la violencia sexual en las sociedades occidentales.

Un síntoma central de este desorden de cosas es una noción del «sexo desquiciado»²⁶: la ideología de género o transgénero (*queer*). Esto es, un voluntarismo-nominalismo fideísta secularizado, luego devenido en ideología moderna, que pretender hacer creer que un hombre puede convertirse en mujer y una mujer en hombre, a pesar de la evidencia biológica ínsita en su código genético. El género, que no es más que un concepto gramatical, es utilizado por esta ideología a fin de intentar convertir la biología —la diferencia de sexos—, en un producto cultural, puramente convencional y arbitrario.

No resulta difícil rastrear los orígenes de esta doctrina centrada en la deconstrucción de la normalidad, donde ya no hay realidad sino discurso y este es impuesto desde el poder. Su antecedente más manifiesto es, sin duda, **Simone de Beauvoir**, que en su obra de 1949 *El segundo sexo* dejó escrita aquella célebre afirmación de que: «**no se nace mujer, se llega a serlo**». Las mujeres, decía la amante de **Sartre**: «son el Otro, que no es el ser ni el sujeto, sino el objeto, porque ellas no se definen; los hombres las definen». Su llamamiento, por tanto, era a que las mujeres se definieran a sí mismas, en sus propios términos, lo que lleva necesariamente a considerar el concepto «mujer» como una categoría vacía. Conclusión: ¿por qué no daría entonces el siguiente paso de incluir ahí a hombres autodefinidos mujeres? Al fin y al cabo, no se nace mujer.

Otro autor fundamental de la teoría *Queer*, también francés, fue **Michel Foucault**. Unos años antes de morir de sida firmó un manifiesto reclamando la legalización de la pedofilia, de la que era conocido practicante. Pero más allá de que nunca aparecerá en ninguna colección de *Vidas ejemplares de Santos* lo que nos interesa aquí es su obra, que también ha engendrado monstruos. Para **Foucault verdad y poder eran conceptos inseparables, lo cual allanaba el camino a las teorías posteriores acerca de que no**

²⁵ Cf. TODD, Emmanuel, *La derrota de Occidente*, Akal, Madrid 2024, p. 76. En su análisis, el autor analiza los efectos, sin embargo, descuida las causas, por lo que su valía queda reducida al ámbito fenoménico.

²⁶ ERRASTI, José-PÉREZ ÁLVAREZ, Marino, *Nadie nace en un cuerpo equivocado. Éxito y miseria de la identidad de género*, Deusto, Madrid 2022, p. 48. Un libro valiente y riguroso elaborado por dos expertos psicólogos que desmontan todo el andamiaje argumental de esta demencial ideología.

hay una condición masculina y femenina que puedan definirse mediante la ciencia o la simple observación cotidiana y el sentido común, sino condiciones puramente subjetivas, nacidas del mero deseo y sentir personal que, sin embargo, han de obligar a todos los demás a ser partícipes de la charada. Además, Foucault sostuvo que las disciplinas científicas han recurrido a la sexualidad como un mecanismo de control humano: la heterosexualidad no era otra cosa sino una ideología que busca oprimir a la gente.